



# Los libros de los otros

FELIPE RESTREPO DAVID

Para Hernán Botero

Aquella famosa confesión de Montaigne (*De los libros*, II: 10), en la que declaraba que la alegría era su motor y su medida, que si un libro lo aburría lo dejaba, que si exigía mucho esfuerzo de sí no lo intentaba dos veces, y que por eso era inconstante, a veces incoherente, deshilado, ocioso, temperamental, oscilante, todo lo que quisieran reprocharle los que lo conocían bien o a medias: se defendía en la continua insistencia de que esas eran expresiones de su pasión, sinceridad y fidelidad a sí mismo; en fin, una confesión que para su momento, 1580, al lado de la entrada del prólogo del *Quijote* (1605) que invocaba a su “desocupado lector”, significó el inicio de una tradición, de una forma de vivir y de hacerle frente a la realidad: leer sin justificaciones religiosas o morales, políticas o pedagógicas. Leer por placer, porque sí, en la única afirmación de la práctica estética, porque se vuelve parte del mundo la vida y llena los días de un sentido que perdura como encanto o reflexión, porque acompaña la soledad y alimenta el diálogo consigo mismo en el silencio, el grito, la calma o la desesperación. La torre de Montaigne, en la que tendrá su biblioteca y su morada, a la que se retira desde sus 38 años hasta su muerte, es la imagen de muchas otras “torres” en las que hombres y mujeres (antes y después de él) encontrarán, cada uno con sus secretos y obsesiones, ese lugar que eleva y condena, libera y ata, ilumina y ensombrece, como un paraíso de sueño y deseo.

Una tradición a la que pertenece Juan Gustavo Cobo Borda (Bogotá, 1948), ese “animal literario”, como una vez lo llamó Óscar Torres Duque (cuando lo incluyó en su antología de ensayo colombiano, con

toda justicia, en 1997). Esa espontaneidad, aún salvaje (no domesticada por algún tipo de ideología intolerante o represiva), arisca, caprichosa, emocional, en ocasiones impredecible, de defender una vida entre libros: hacer de las propias lecturas un mapa íntimo de los caminos recorridos, abandonados y rechazados; en otras palabras, una autobiografía intelectual y espiritual, en la que se hacen visibles las afinidades electivas y, en la que a veces, se ocultan por concordia otro tanto de los desprecios y las diferencias. Tal es el talante de las críticas literarias de Cobo Borda, maduro y lúdico en su último libro, *Papeles americanos* (2015), en el que propone con una admirable perspicacia, hecha de curiosidad y descubrimientos propios, relaciones y lazos entre autores y obras, a lo largo de geografías y tiempos, que no hacen más que ampliar horizontes de lecturas y de interpretación, como quien se ha adiestrado en desbrozar rutas hace mucho negadas o subestimadas.

*Papeles americanos* reafirma que la suya es una obra que no termina de construirse, que vista en conjunto es un solo, flexible y versátil libro que a cada tanto se amplía, con versiones y reelaboraciones, insistenias y osadías, celebraciones y desencantos, personales guiños y entusiastas selecciones de los más queridos e intensos recuerdos. Y ese, precisamente, es uno de sus más honestos gestos: sus críticas y reseñas se alimentan de la sustancia de sus días, es decir, de la historia de sus amistades y sus viajes; tal espíritu literario se hermana a la gracia de Azorín, la concisión de Henríquez Ureña y la pluralidad de Alfonso Reyes. Su escritura, en franco homenaje a la tradición de los “alegres” lectores *montaignianos*, no tiene otro precepto más que el hedonista: la independencia de vida, poco común, del que ha

hecho de la lectura y la escritura un oficio “impenitente”, que acapara y justifica las pasiones, y que no está sujeto a la sobrevivencia material (si obedece a algún afán, no es más que a las angustias de una existencia cuyos límites no sobrepasan la dimensión artística). El oficio de Cobo Borda, en resonancia de aquellos versos de Kavafis, no se envilece “a fuerza” de trasegarlo, “errando en continuo” y exponiéndolo a la “estupidez cotidiana de las relaciones y el comercio” hasta volverse un extraño inoportuno (“Cuanto puedas”, 1913). Por eso, su perfil de crítico, en Colombia y Latinoamérica, hoy en día, es inusual: un “animal” literario en extinción.

Desde sus primeras críticas y reseñas, de complicidades respetuosas e inteligentes con sus magisterios ya reconocidos, como las dedicadas a Aurelio Arturo (1975), a Álvaro Mutis (1972), a Borges (1971), y a *Mito* (1975), y reunidas luego en ese libro fundante de su obra ensayística, *La alegría de leer* —publicado a los 28 años—, brújula de sus intereses (literatura, pintura, música, cine, Borges), ya se reconoce en su escritura la elección (o imposición) de un estilo, que, a decir verdad, no variará; o al menos ese no será su lugar de experimentación estética (que reservará a su poesía): a partir de *La alegría de leer* será reconocible su claridad y sencillez, incluso, una especie de tono narrativo que vuelve sobre la idea de que la crítica y la reseña suelen ser un argumento secuencial (hecho de paralelismos y acumulaciones, de conjeturas y especulaciones), pero también fragmentado (en tanto construye una trayectoria se permite también los desvíos, los descansos y los saltos). Junto a las ideas y ocurrencias, Cobo Borda es un incomparable “contador” de anécdotas: sus críticas y reseñas no son un “rendir de cuentas” de aciertos y desaciertos; son



Fotografía de Pablo Salgado. Revista *Bocas*

El oficio de Cobo Borda, en resonancia de aquellos versos de Kavafis, no se envilece “a fuerza” de trasegarlo, “errando en continuo” y exponiéndolo a la “estupidez cotidiana de las relaciones y el comercio” hasta volverse un extraño inoportuno [...]. Por eso, su perfil de crítico, en Colombia y Latinoamérica, hoy en día, es inusual: un “animal” literario en extinción.

más bien una “puesta en escena” de un lector que enseña cada una de las herramientas con que aborda un texto, y una de ellas es precisamente el placer de la lectura, que no oculta sus impresiones y emociones; el rigor no está en los conceptos o teorías de soporte, sino en qué tanto se entrega de sí en la observación y reflexión, en la confianza y seguridad de la propia percepción: si hay duda, esta es reflexión, no miedo. Es un ejercicio de inteligencia en cuanto análisis que señala estructuras y reiteraciones, es cierto, pero también se trata de una experiencia que se permite juzgar y comprender con cada una de sus limitaciones, sin disfrazarlas ni evadirlas.

Como contrapunto, habría una obra crítica (de ejemplares ensayos y reseñas) que podría considerarse no solo el más cercano

precedente crítico de Cobo Borda, sino uno de sus magisterios estilísticos (no solo como retórica sino como perspectiva literaria): Hernando Valencia Goelkel (Bucaramanga, 1928-Bogotá, 2004), a quien Cobo Borda preparó y prologó su primer y quizás último libro, *Crónicas de cine* (1974) y *Oficio crítico* (1997), en una de sus facetas más importantes para la historia de la edición en Colombia en la segunda mitad del siglo xx: su labor como editor y gestor cultural de las colecciones del entonces Colcultura y luego de la Biblioteca Familiar de la Presidencia. Pues bien, Valencia Goelkel aseguraba que su ejercicio crítico nada tenía que ver con el vituperio o la alabanza, ni mucho menos con la falsedad o la hipocresía de posturas éticas vacilantes (opinión de raíz borgeana); tampoco se trataba de que la crítica solo

estuviera “ocupada en discutir sus parámetros internos: su justificación, su coherencia, quizás su pertinencia, su evidente conveniencia y su dudosa imprescindibilidad”, mientras no conquistara una “elucidación” con “fundamentos” (“George Eliot: victoriana eminente”, 1992, ensayo recogido luego en *La lección del olvidado y otros ensayos*, 1997). Valencia Goelkel, como después Cobo Borda, era un crítico especializado en la lectura: no sabía leer sino escribiendo, no escribía más que sobre lo que leía. No se empeñaba en hallar certezas y coleccionarlas; su práctica crítica, así, era “elucidación” de los otros: descubrir y marcar esos lugares en los que sucede la magia de una obra, allí donde están sus abismos y sus picos, sus instantes de crisis y desenmascaramientos. Y no es que *ε*-lucidar se trate solo de separar la luz de la oscuridad para ver su interior, o de sacarla de adentro como quien se lanza a lo hondo, escarba y luego trae consigo su tesoro, su testimonio. Por eso, interpretar es descender. Y tan profundo como se llegue dependerá de la voluntad, de la intuición y un tanto de la suerte.

La intención crítica de iluminar y descender (*ε*-lucidar) de Cobo Borda y Valencia Goelkel (como de Hernando Téllez, R. H. Moreno Durán, Sanín Cano) podría rastrearse en una imagen: existe un poema de Hölderlin, “Colón, IV”, en el que se recrea una campana destemplada como la nieve, y que sin embargo resuena en su música antigua. Un siglo después, Heidegger en el prólogo de sus comentarios al poeta alemán, *Aclaraciones a la poesía de Hölderlin* (1944), se serviría de esos versos para tratar de entender la crítica como la nieve que cae sobre esa campana para hacerla sonar, campana suspendida en el aire; un aire que es la presencia del mundo. Luego, Blanchot en el prólogo de *Lautreamont y Sade* (1963) recupera tal imagen, solo que hace desaparecer la nieve justo cuando toca la campana; lo que parece cerrar un movimiento en sus posibilidades. Pero Todorov, en su ensayo “Los críticos escritores”, *Crítica de la crítica* (1984), en

el que intenta explicar la crítica creativa de Blanchot, junto con la de Sartre y Barthes, menciona la misma imagen para explicar el sentido final de una escritura (literatura sobre la literatura) que se hace arte en el acto de pensar y sentir: tal nieve que golpea o acaricia esa campana es la crítica, la palabra hecha juicio, que la hace sonar, para hablar en el mundo. Y como la nieve, la crítica también desaparece diluyéndose en el aire como una voz que se hizo notar en un destello interpretativo, delicado pero trascendental. La crítica iluminada en la obra también anhela ser inagotable, ser pura presencia en su luz como un diálogo que continúa ofrendando todas sus posibilidades. Crítica que es luz de la música, es decir, de la obra. Así, lo que leemos como crítica de libros, en Valencia Goelkel y Cobo Borda, son los vestigios de un drama ya pasado, por eso su sentido de autobiografía intelectual y espiritual.

Dedicar la vida a los libros de “otros”, y considerar dicha escritura como la propia obra, o parte de ella, es un curioso gesto, mezcla de resignación y vanidad, de fascinación e impertinencia, no en tanto humildad y sumisión por la grandeza de los demás, sino como una escritura que se entrega a la “escucha”, a la conversación, a un conocimiento del mundo que no se sacia. Las críticas literarias y las reseñas de Cobo Borda son, además, como una palabra palimpséstica: amalgama en que lector y autor parecen continuarse en una línea que no termina (¿y qué literatura no lo es?). Y, por si fuera poco, esa mirada dirigida al otro es entusiasmo y celebración de una vida que ha hecho de la soledad, y, sobre todo, de la alegría (evocación etimológica del indoeuropeo, \**ǵ* l, *va-gar*: diletantismo despreocupado y auténtico), una de sus formas de existencia, o, dicho de otra manera, de belleza y respiración. ■

---

*Felipe Restrepo David* (Colombia)

Ensayista. Estudió Filosofía en la Universidad de Antioquia y una maestría en Literatura en la Universidad de Sao Paulo. En 2008 publicó *Conversaciones desde el escritorio*.